NUEVO CAPÍTULO Retorno a Hanged Rd

Pol Morgal

Image not found.

Capítulo 1

©2016 obra registrada, todos los derechos reservados

Capítulo 1

Verano de 2004.

La Taberna Thomson Spring era uno de mis lugares de escape predilectos, su aviso de neón relucía tenue, como queriendo apagarse. En cada viaje a Virginia, pasaba por aquel lugar de regreso a casa. No era el más agradable, sin embargo, vendían las mejores hamburguesas de todo el estado y su dueño, Bob Virman, era mi amigo.

Al entrar, el olor a licor derramado y frituras se apoderaba de todo, era un lugar pequeño y lóbrego. Una vez dentro los ojos debían hacer su mejor esfuerzo por adecuarse a la iluminación, al cabo de un rato, tu olfato también se acostumbraba a aquel extraño hedor. Una larga barra de pino y tres mesas cuadradas, con sus respectivas sillas conformaban todo el mobiliario.

— ¡Hola Bob! — dije saludando al gordo de pantalones caídos y camisa blanca detrás de la barra.

— Jhon, tiempo sin verte — dijo secando un vaso de cristal con un paño manchado — ¿Te sirvo lo de siempre?

— Sí, una cerveza fría y una hamburguesa.

— ¿Tuviste un largo día hoy? — dijo sirviendo el vaso.

— ¡Ya sabes cómo es amigo! Mi jefe me envió a Norfolk a entregar un pedido esta mañana... Ya son doce horas en carretera y no veo el momento de llegar a casa... — suspiré y tomé un sorbo de aquel líquido frío. — Fue un típico día en la vida de Jhon Martin.

—Este es el mundo real Jhon, nada es como esperamos.

Cuatro cervezas y una amena conversación más tarde; me hallaba dispuesto a continuar mi camino.

— Bob, ¿te puedo pedir un favor?

— Sí Claro, Jhon, el que necesites.

— ¿Me puedes dar un vaso de café para el viaje? Ya sabes, me quedan casi dos horas de carretera y me siento bastante cansado.

Bob asintió y se retiró. Minutos después apareció con una taza para llevar humeando.

— Oye Jhon… ¡cuídate! — dijo entregándome la taza y sujetando mi mano para despedirse.

—Nos vemos en el próximo viaje — levanté la taza — ¡gracias por el café!

Salí de Thomson Spring con la sensación de que aquella no sería una noche normal, tenía la certeza de que alguien seguía mis pasos, podía sentirlo. No mencioné el asunto, ya que, podrían pensar que la soltería y el trabajo habían acabado con mi cordura. Subí a mi F150 y salí rumbo a la autopista I95 para continuar mi marcha de regreso a Nueva York.

El camino estaba oscuro y mis ojos muy pesados para poder controlarlos; la ventilación de la camioneta no servía, así que bajé la ventanilla. La brisa que corría era cálida y solo liaba la tarea de mantenerme despierto. Break On Through sonaba en la radio y subí el volumen para que el sonido me ayudara.

Por segundos; precarios momentos, sentía como mis ojos se cerraban a consecuencia del cansancio y el licor acumulado en mi sistema.

«Vamos Jhon abre los ojos ¡ya casi estamos en casa!» Decía en voz alta.

Hundí el acelerador hasta el fondo y el coche fue ganando velocidad.

«A esta hora no deben quedar policías ansiosos por la velocidad de los autos»

La carretera pasó a ser un espejismo borroso y la niebla que descendía ágilmente, no reforzaba mis reflejos. Bebí un sorbo de café, ansiando que mi cuerpo absorbiera la mayor cantidad de cafeína posible; al colocarlo de regreso en el portavasos mi mano falló y un chorro de líquido se derramó quemándome la pierna.

¡Maldición! — dije frotando mi pantalón.

Al levantar la vista, una joven mujer se encontraba situada en medio en la carretera. Su cabello castaño y grandes ojos oscuros es todo lo que recuerdo. Giré el volante para evitar arrollarla y perdí el control; el auto se sacudía hacia un lado y el otro de la carretera, las cornetas rugían, las llantas de los autos chillaban en el suelo, las luces… de inmediato un árbol

detuvo el movimiento.

Un golpe vibró por el aire como un bombo en una comparsa; pero el airbag no se activó. Yo sentí que el volante partía mi cuerpo en dos; el dolor en mi abdomen solo era comparable con el de mi cabeza y un líquido espeso salía por mi oído izquierdo. Traté de gritar, sin embargo el sonido no brotaban por mi garganta. Sentí el calor de la sangre cubriendo mi ropa.

«Dios, ¡ayúdame!»

Solo un auto se detuvo al ver el accidente. Un hombre mayor y su esposa corrieron hacia mí; el señor gritaba y ella usaba su teléfono celular.

— ¡Hey amigo! ¿Estás bien? — escuché decir al señor.

Intente responder. Mi garganta se cerraba, no sé si por la sangre o por el impacto; solo emití un sonido similar a un graznido. Le ordené a mi cuerpo moverse, pero no respondió; solo mi mano derecha saltaba con dificultad. El dolor penetró mis nervios; me costaba respirar, la sangre salpicó cada rincón del auto y la radio siguió sonando.

« ¡Que alguien apague esa maldita música! »

—Ya llamé a emergencias, llegarán en cualquier momento — indicó el hombre en la carretera. — ¡Por favor amigo mantente con vida! — fue lo último que le escuché decir.

La oscuridad y un silencio sepulcral reinaron en mi mente. Recordé a Bob diciéndome adiós, a mi hermano y sus pequeños hijos jugando en las playas de Miami el verano pasado. Si ese era el momento para irme del mundo, estaba preparado. Solo sentía paz.

El mutismo duró lo que parecieron horas, paulatinamente los gritos y sirenas pasaron a ocupar el protagonismo. Al abrir los ojos el equipo de rescate había llegado y el sonido de la sirena taladraba mi cerebro. Giré la vista y advertí a très hombres arrancando la puerta, para dar el espacio necesario y llevarme hacia el pavimento.

— ¡Te voy a sacar de aquí! solo quédate conmigo ¿ok? — el paramédico que habló no tendría más de veinticinco años.

—Amigo no se mueva — dijo otro a la vez que tomaba un collarín y lo ajustaba con firmeza en mi cuello.

No pude ver lo que sucedió después, ya que el sonido de la sirena era tan fuerte; que poco me importaba lo que estuviesen haciendo conmigo, solo quería que se silenciara todo. Una vez dentro de la ambulancia; con la

máscara de oxigeno en el rostro; logré ver el semblante del paramédico que me atendía: un pelirrojo, aún con huellas de acné en sus mejillas y una tupida barba que le cubría las cicatrices.

— ¿Es usted Jhon Martin? — dijo leyendo el permiso de conducir que sacó de mi billetera.

Intenté decir que sí, mas el cuerpo no me obedecía. Mi mente chillaba, reñía, sin embargo, los labios apenas se separaban sin emitir sonido alguno. Los ojos del paramédico se abrieron como platos al ver el terror reflejado en los míos y una gota de sudor desfiló por su frente; él pretendió mantener la calma.

—Si puede escucharme, por favor parpadee — dijo.

« ¡Vamos Jhon!, si te vas a ir, termínate de morir, pero así no vas a quedar. ¡Vive Jhon! ¡Vive! »

Al fin conseguí parpadear y el alivio que emanó el joven fue inminente.

—Muy bien Jhon, nos cercioraremos de que todo esté perfecto; ¡ya estamos por llegar al hospital!

« ¿De dónde salió esa mujer? ¿La habré matado? »

Mi mente dio vueltas; quería preguntarle al joven por la mujer. Sin embargo, sabía que de mi boca no brotaría una sola palabra; así que ni siquiera lo intenté. El camino hasta el hospital central parecía interminable; el sonido de la sirena siguió perforándome la cabeza y la sangre que brotó por mi oído, llegado a este punto, no era más que una costra seca.

—Ya llegamos al hospital— dijo una voz femenina en la cabina delantera, cerrando una ventanilla que dividía ambas secciones.

¿Qué sucedió al salir de la ambulancia? No lo sé, no veía nada; los sonidos eran agudos y mi visión una gran mancha.

—El paciente se desmayó — dijo un hombre — hay que llevarlo a la sala de operaciones.

« ¿Qué está sucediendo?... ¡estoy aquí!... ¡puedo oírlos!...»

—Dime su condición — dijo un hombre, por su voz pude imaginar que era mayor.

—El paciente se vio inmerso en un accidente de tránsito; asumimos que sufrió traumatismo craneoencefálico; no sabemos qué otra parte del

cuerpo se encuentra comprometida, no puede hablar… ha perdido mucha sangre — dijo el paramédico.

—Muy bien ¡gracias!, a partir de este momento nos encargaremos de él. ¿El hombre tiene algún familiar? —dijo nuevamente el doctor.

—Intentaré buscar información entre sus pertenencias.

—Gracias.

—Buena Suerte Jhon — se despidió el joven pelirrojo.

Capítulo 2

Capítulo 2

La luz del sol me escocía los ojos; traté de tocar mi rostro, sin embargo, mi mano temblaba descontrolada.

— Hola Jhon; ¿Cómo te sientes? — Dijo Edward sentado al otro lado de la habitación — ¡Pensé que no la ibas a contar!

Edward era mi hermano menor; un hombre de rizos castaños y barba tupida. Tenía ya treinta y cinco años, sin embargo se seguía comportando como un chico en la adolescencia. Edward se había casado ocho años atrás y tenía dos hermosos niños de siete y cuatro años. Su esposa, nunca se integró a la familia (bueno yo era su única familia), por el contrario se lo llevó a Miami donde vivían cerca de los padres de ella.

Yo parpadeaba sin cesar, para que mis pupilas de adecuaran a la luz.

— ¿Qué… me… pasó? — mi voz sonó cortada, como la de alguien que sufre una enfermedad grave en la garganta.

— Los médicos dicen que manejabas ebrio y chocaste contra un árbol; la velocidad era tan alta, que estás vivo de milagro.

— ¿Cómo… te… — dije tratando de unir las palabras sin ningún resultado.

— Un paramédico uso tu teléfono y me llamo la noche del accidente.

« ¿La noche del accidente? ¿Cuánto tiempo ha pasado? »

—Llevas una semana aquí Jhon… — dijo Edward respondiendo a mi cara. —Llamé a Rose Mary, debe estar por llegar.

Desorbité los ojos y sentí la rabia apoderándose de mi cuerpo. Edward pudo notarlo, ya que, el monitor al que me encontraba conectado indicó que mi corazón marchaba a un ritmo frenético.

— ¡Cálmate Jhon! Tuve que llamarla, yo no puedo llevarte conmigo a Florida, sabes que mi esposa… bueno… ella no lo tomaría bien. Y no hay nadie más que pueda cuidar de ti.

« ¡Por Dios, mejor déjame morir! ¿Para qué llamo a esa maldita mujer? »

—Yo… ¡la odio! — dije.

— Es nuestra madre y eso no lo podemos cambiar… ¿Qué tan malo puede ser? ¿Hace cuánto no la vemos Jhon?

—Quince años.

—Cierto… desde la muerte de la abuela Clementine — respondió Edward con cierta nostalgia en los ojos.

«Vamos hermano, ¿En serio querías a esa bruja? »

Quiero Dormir — dije acabando la conversación.

— Estaré aquí, por si necesitas algo — y tomó asiento— ¡Por favor no me culpes! — susurró.

La abuela Clementine; mejor conocida por mí como "la vieja bruja", era la madre de Rose Mary. Y es que era una bruja, en todos los sentidos; ella permanecía en casa, entretanto Rose huía de los problemas. Ayudó en nuestra crianza o en nuestra locura, como a veces pienso, imponía castigos absurdos y siempre buscaba la forma de gritar y pelear sin ningún motivo.

El retorno de Rose Mary implicaba volver a la casa 46, la de mi infancia, y yo no tenía gratos recuerdos de aquella tétrica casa en la que crecí y a la que esperaba no volver a ver jamás. Era una construcción antigua, puede que haya sido fabricada en mil ochocientos; sus paredes eran de concreto y su suelo de listones de madera. El gélido frío y el olor a moho podía sentirse desde el momento en que se abría la puerta.

Edward y yo, en cuanto llegamos a los dieciocho años, buscamos becas en la universidad de Nueva York y nos largamos de ese lugar para siempre; yo estudié comercio y me dediqué a las ventas. Edward estudio física, sin embargo, trabajaba como mecánico en Miami.

Luego de dejar la casa, Rose Mary se quedó al cuidado de Clementine; ya que los últimos años la anciana debía usar una andadera. A Rose Mary la recordaba como una mujer delgada de cabello rubio oscuro y cuerpo menudo. Ella y la abuela se tenían un odio visceral. Clementine la abandonó en un orfanato con tan solo dos meses de vida. Vivían en las Islas Canarias y durante la segunda guerra mundial estaba mal visto que una doncella caminara por las calles con una hija nunca reconocida por su padre.

Rose fue criada por monjas y como en toda institución católica, le inculcaron principios sobre los pecados que no debía cometer. Jamás le hablaron sobre sexo y mucho menos sobre la maldad en el mundo; ella

era una persona que aún cometiendo errores creía hacer el bien, a veces lucía ser muy inocente para su edad o no sabría decir si era más astuta de lo que aparentaba detrás de su cara de mojigata.

Recordé una historia que Rose Mary contaba hasta el cansancio, hasta podría decir que la sabía de memoria y había creado mi propia versión de ella:

Una vez acabada la segunda guerra mundial, Clementine, emigró hacia América. Rose Mary no volvió a saber de su madre; hasta que un día a sus dieciocho años recibió una carta que yo imaginé de la siguiente manera:

Querida Rose Mary.

Sé que te he fallado en muchos aspectos, como madre y como mujer; te pido perdón. Hace unos años que estoy viviendo en Nueva York y me está yendo muy bien, quería invitarte a que vinieras a conocer esta ciudad. He llamado constantemente a la abadía y me han dicho que estas estudiando enfermería, acá podrías terminar de estudiar. También quería contarte que conocí a un hombre que estoy segura te encantará, y le he dicho que tengo una hija hermosa que podría conocer. Por favor dime que vendrás, estaré encantada en recibirte.

Tu Madre.

Clementine.

Si decía con exactitud eso o no, nunca lo sabré. Lo cierto, es que un año más tarde Rose Mary tomó su equipaje y se dirigió al muelle donde abordaría el barco que la llevaría a Nueva York.

Una joven de diecinueve años y estilizada figura destacaba entre la tripulación, usaba vestidos hasta los tobillos ceñidos en la cintura y en su cuello colgaba un viejo rosario de plata. Sus ojos irradiaban más esperanza que rencor, ya que conocería un país nuevo, con diferente cultura e iba a compartir con la madre que no tuvo durante toda su vida.

Al llegar al muelle Clementine la esperaba de pie, con una sonrisa en los labios y a su lado, un hombre alto, de cabello oscuro vestía un traje elegante con un lazo en el cuello, ambos aguardaban impacientes.

—Mi querida Rose Mary — dijo dedicándole dos besos en sus mejillas — te presento al Dr. Paul Martin — y estiró un brazo en dirección al hombre a su lado.

—Un gusto conocerle Señor ¿Es usted medico?— dijo Rose con temor.

—Aún estoy estudiando, pero por favor llámame Paul — dijo tomando una de las manos de Rose y plantándole un beso.

Conforme paso el tiempo, todo aquello que Clementine le dibujó a Rose Mary fue una mentira. Nunca asistió a las clases de enfermería; muy por el contrario después de contraer matrimonio con Paul nos tuvo a Edward y a mí. Mientras trabajaba medio tiempo en una tienda y culpaba de toda su desgracia a su madre.

Desperté con el corazón agitado y bañado en sudor, no podía saber si inventé toda esa historia o soñé fragmentos de lo que Rose contó toda su vida. Lo cierto es que lo sentí tan real que me costó un rato darme cuenta que ya estaba despierto y que una enfermera se encontraba de pie frente a la cama.

—Hola Jhon, que alegría verte despierto— dijo una pequeña rubia cuyo cabello llevaba recogido en un moño. —Me ocuparé de que estés bien, ¿sientes dolor?

—Un poco.

Moví mi mano temblorosa hasta tocarme el costado izquierdo, al llegar al lugar seguí con los dedos una cicatriz que se extendía por desde las costillas hasta la ingle.

—Eres un hombre con suerte, sobreviviste a tres operaciones de alto riesgo.

« ¿Tres operaciones? La verdad es que… si debía tener suerte »

— ¿Crees en Dios Jhon?

Que pregunta tan extraña, no obstante, yo asentí con la cabeza.

— Yo creo que debes tener una misión en la vida — dijo la joven — Si estás vivo es por alguna razón ¿No?

Traté de pensar un poco en las palabras de esta niña, que la verdad parecía muy joven para ser enfermera, sin embargo, la única imagen que vino a mi cabeza fue la de Rose Mary bajando de un avión en cuestión de horas.

«Seguro Dios me quiere de vuelta en el infierno»

—No estés triste Jhon — dijo descifrando la agonía en mis ojos — eres un hombre apuesto y ¡Mira! Aún estas con vida… con un poco de esfuerzo

volverás a la normalidad.

Por cierto mi nombre es Agnes… Agnes Wilson — dijo mostrando sus grandes dientes blancos.

Agnes tenía el cabello rubio y enormes ojos color aceituna. Algo me pareció curioso de ella a parte de su edad y era que no usaba el típico traje de pantalón y camisa; por el contrario lucía un vestido blanco que llegaba hasta sus rodillas.

Sentí una escalofriante puntada en el costado, era como si las viseras se movieran; el dolor se me coló en los huesos y yo me retorcí gritando frenéticamente.

—Voy a buscar al Doctor —dijo Agnes saliendo del lugar.

Una enfermera y un doctor entraron corriendo a la habitación.

—Jhon, necesito que te calmes — dijo el doctor.

—Me quiero morir —dije entre jadeos.

—Hoy no es tu día amigo, ¡hoy no! — respondió el doctor.

Tomó una jeringa y la clavó entre mis costillas, extrayendo una copiosa cantidad de líquido sanguinolento que parecía más jalea que sangre. La enfermera inyectó un líquido en la vía que yo llevaba en el brazo (imagino que sería un sedante), ya que no recuerdo lo que sucedió después.

Capítulo 3

Capítulo 3

Recuperé la conciencia a eso de la siete de la mañana, o eso creía, era temprano puesto que Edward dormía profundo en una silla para acompañantes. Aquel hospital era horrible, cuatro paredes blancas y un televisor era todo lo que veía en el día; fijé la mirada en mis piernas cubiertas por una sábana gris; intenté moverlas. Mi mente les pedía, les suplicaba que se moviera pero todo resultó en vano. El pie derecho apenas se elevó, entretanto el izquierdo permaneció inmóvil.

«Mírate Jhon, no eres más que un saco de huesos y carne; no sirves para nada» —una voz retumbaba en mi cabeza.

Repasaba con la mirada el lugar: frío, oscuro. Edward estirado en una silla donde escasamente cabía su cuerpo y ni pensar en el hecho de moverse o girar.

« ¿Esto quieres para ti? ¿Vas a esperar que Rose Mary te cuide como a un niño? Por favor Jhon, no lo hizo cuando eras pequeño. »

Un sentimiento de aprehensión se apoderó de mí.

«Cinco años en una universidad, estudiando comercio, ¿para terminar cómo?, Como un vendedor de segunda; recorriendo el país; obtienes buenos ingresos, es cierto, trabajas horas extras y tienes pocos días de descanso. Pero al final del día ¿Qué has conseguido?... No tienes una esposa, el familiar más cercano esta a 4 horas en avión (bueno, obviado a la mujer que debe arribar de España pronto). Haces las compras todos los domingos en un pequeño súper a las afueras de la ciudad; conoces la mayoría de los bares en los que acostumbras ahogar tu soledad en alcohol. Mujeres van y vienen... Dime ¿Al final que Jhon?... Eres un hombre de 37 años infelizmente solo…»

Aquella maldita voz bramó en mi cabeza diciéndome todo aquello que yo no deseaba escuchar…. y ¿qué podía hacer? de la mente no hay escapatoria.

La imagen de Rose Mary cuidando de mí, provocaba que mi estomago se contrajera y se retorciera, sentía ganas de vomitar. Ella no había sido tan mala en su papel de madre; simplemente estuvo ausente en los momentos que más se le necesitó. Edward y yo salimos adelante como pudimos, en cuestiones de experiencia nos ayudábamos a pesar de ser

dos neófitos.

—Ha despertado temprano hoy Sr Jhon — dijo una enfermera pequeña, de mejillas regordetas y coloridas.

Abrí la boca, sin embargo no musité sonido alguno, así que me limite a sonreír.

—Veo que está de buen humor —dijo ella.

Edward despertó al escuchar la voz de la mujer; tenía el rostro hinchado y sus ojos luchaban por acostumbrarse a la luz.

—Buen día Srta. Brand — dijo Edward.

—Buen día Sr Martin, no quería despertarlo ¡discúlpeme! —dijo y sus mejillas acentuaron el color rojo.

—No se preocupe.

La mujer viró hacia mí, a la vez que colocaba la bandeja que llevaba en sus manos en una mesa auxiliar.

—Es hora de su comida Sr Jhon —dijo.

«Comida, sí, al fin algo bueno sucede desde que desperté.»

La enfermera sujetó una jeringa, y la conectó a una sonda que salía de mi estomago. Al ver esa imagen quise instalarme a llorar en un santiamén.

« ¿Es así como me alimentan?- vamos ¡Que termine ya esta pesadilla! »

Al finalizar mi nutritiva comida, la enfermera retiró la manguera y limpió la zona; sentí una fuerte punzada en el abdomen.

—Lo siento Sr Jhon, es necesario asearlo —dijo ella con los ojos llenos de compasión —por cierto, soy Martha.

¡Gra… cias! —respondí y ella me observó impresionada.

—Muy bien, ya está hablando, ¡qué buena noticia! se lo hare saber al doctor.

Me dedicó una larga sonrisa y salió de la habitación junto a Edward. Él retornó veinte minutos más tarde con un emparedado y un jugo en la mano.

— ¡Hey Jhon! ¿Quieres ver algo de televisión?

—Sí.

La televisión no era mi actividad predilecta, sin embargo, necesitaba solazar mi mente para no pensar en la situación y menos en lo que estaba por venir… No quería hablar (bueno tampoco es que pudiese hacerlo por largo rato). Edward encendió el televisor y ubicó un canal donde pasaban una película de comedia un tanto estúpida; fue lo mejor para entretenerme.

El día transcurrió lento, las horas parecían detenerse en el espacio. A las seis menos cuarto de la tarde, un doctor mayor entró a la habitación.

—Buenas tardes señores Martin —dijo.

De inmediato reconocí la voz: Era el hombre que me recibió el día del accidente.

—Doctor Sullivan —respondió Edward saludando con la cabeza.

—Me han dicho que Jhon despertó, así que he venido a ver como se encuentra.

—Es todo suyo —dijo Edward señalando con la mano en mi dirección.

—Soy el doctor Mark Sullivan —dijo.

El doctor caminó hasta la cama y estiró su mano hacia mí, intuí que quería probarme; ya que era imposible que si él era quien me trataba, no conociera la condición en la que yo me encontraba. Lo miré dudoso; mi mano temblorosa se movió entre las sabanas. El doctor observaba con sigilo cada uno de mis movimientos; tomé una gran bocanada de aire. Realizar el mínimo movimiento requería gran determinación y esfuerzo; el brazo temblaba azogado, con pausa logré elevarlo lo suficiente para tomar la mano de Sullivan.

—Un… gusto — dije.

— Entonces es cierto lo que me contó Martha —dijo abriendo los ojos —la verdad es un gusto Jhon, ver que estas evolucionando tan rápido.

—Creo.

—Te voy a poner al día, por si nadie te ha dicho lo que sucedió el día de tu accidente ¿Qué recuerdas de esa noche Jhon? —preguntó.

Vagas y distorsionadas imágenes emergieron en mi cabeza.

—Niebla… mujer… sangre —me sentí frustrado no podía recordar lo sucedido.

—No tenemos a ninguna mujer reportada Jhon, sin embargo, la imagen pudo formarse después del suceso, es normal en pacientes que han sufrido accidentes craneoencefálicos —el doctor cuidaba cada palabra que usaba —tu riñón se perforó. Tuvimos que operarte y extraerlo...

No recuerdo que tanto dijo a continuación, ya que mi mente se fue hacia la mujer que se estaba en la vía aquella noche; de no ser por ella yo no habría perdido el control del coche.

« ¿La habré imaginado?... Bueno, no había bebido tanto como para alucinar. »

— ¿Jhon? — ¿Jhon? — Sullivan me veía fijamente — ¿Deseas saber algo más? —dijo cuando noto que tenía mi atención.

—Mi… cuerpo… ¿Cuándo… estaré… normal? —las palabras salieron en pequeños pedazos.

—Digamos que, vas a requerir de mucha rehabilitación y calidad emocional; nos encontramos en una disyuntiva — dijo —El lado izquierdo de tu cuerpo se mantiene rígido; tendrás que reeducar tu cuerpo con un rango de movimiento menor… Por el contrario, el lado derecho sufre de fuertes temblores por el traumatismo cerebral. — Explicó.

— ¿Cuánto… tiempo?

— ¡No sabría decirte Jhon!, con el mejor pronostico puede ser un año; todo depende de ti— dijo encogiéndose de hombros — Esta semana una enfermera vendrá a buscarte y probaremos en la sala de rehabilitación que tanto puedes hacer.

Debo admitir que sonó honesto; el doctor Sullivan parecía sentir compasión por mí. ¡Odio que sientan compasión!, se supone que al llegar a la adultez se pierde la vulnerabilidad y pasas a ser una persona que puede superarlo todo y a quien nadie puede detener. Yo debía aceptar, que en algunos momentos volvemos a ser seres vulnerables. Y el doctor no dijo precisamente lo que yo ansiaba escuchar; bueno era un poco iluso al pensar que me iba a decir: "Sí Jhon, puedes salir corriendo mañana de aquí", sin embargo, vale más una verdad que te tome por lo pies y te traiga de vuelta a la tierra que una mentira piadosa que aumente las expectativas. Algo estaba claro y era que debía esforzarme.

— Gracias… Doc —dije.

—Mejórate pronto Jhon; estaré muy al pendiente de ti. — dijo despidiéndose con la cabeza y salió de la habitación.

Esa tarde fue de las más aburridas de mi vida; las palabras del doctor daban vueltas en mi cabeza, tanto que incluso olvidé a Rose Mary y su pronta llegada. Edward y yo vimos televisión y caí dormido como un bebe gracias a los calmantes.

Tres días después, una vez terminada la rutina de alimentación por sonda y el aseo que me proporcionaban cada mañana; apareció en la habitación un hombre guiando una silla de ruedas.

—Muy bien Sr Jhon, es hora de ir a su terapia —dijo.

Asentí con la cabeza y el hombre se acercó a la cama; me alzó en brazos como si de un muñeco de trapo se tratase y me introdujo en la silla acomodando mis piernas.

—Sr Martin ¿desea acompañarnos? — dijo Martha a Edward.

—No puedo Srta. Brand, debo hacer algunas cosas esta mañana… estaré aquí cuando regresen — dijo él — Suerte Jhon.

Con mi mano temblorosa hice una señal de despedida y salimos de la habitación.

La sala de rehabilitación era tan amplia como un campo de fútbol. Paredes color crema formaban un rectángulo casi tan alto como si de dos pisos se tratase; redondos ventanales dejaban colar la luz y el suelo de madera brillaba cual diamante. Barras, pelotas y maquinas se dividían en grupos por todo el lugar; cinco personas se hallaba dispersas realizando sus ejercicios. Nadie se giró y la silla avanzó hasta detenerse frente a dos barras de metal con tope de madera.

—Jhon es posible que no puedas con esto solo… aquí estaremos para ayudarte —dijo Martha —Necesito que tomes con tus manos las barra e intentes colocarte de pie.

Asentí con la cabeza; debía demostrar que era capaz de avanzar con premura. Era muy obstinado y testarudo; así que esta no era una prueba que pudiera vencerme. Con mi mano temblorosa guie la otra hasta alcanzar la barra, el brazo se sentía tan tieso como un palo, un pedazo de

piel y huesos sin movimiento; la mano funcionaba como un gancho, así que me aferré con todas mis fuerza al pedazo de madera. Mis pies tocaron el suelo; respiré profundo y tiré con firmeza de mi cuerpo para impulsarlo hacia arriba; el lado derecho se sentía como un terremoto y el izquierdo como un muerto esperando ser enterrado. Alcancé a elevarme escasos centímetros, que para mí se sintieron como metros y caí agotado en la silla.

—Estuvo muy bien Jhon —dijo Martha.

—De nuevo… por favor.

Mis ojos imploraban ayuda, mi cuerpo no se reponía de los temblores y yo sentía que miles de agujas se clavaban en mi costado izquierdo.

—Descanse un momento Sr.

—De… nuevo — grité.

—Esta vez yo lo ayudaré — Martha sonaba tranquila.

Mis manos hicieron todo el proceso hasta posarse en la barra; ella se ubicó a mi lado, puso sus manos en mi espalda una a cada lado; el contacto de su piel me hizo sentir como un pequeño aprendiendo a montar bicicleta. De nuevo mi cuerpo se sacudía sin control, estaba rígido a punto de quebrarme cuando ella levantó mi cuerpo, quede a la mitad entre estar de pie o sentado. Mi cuerpo no soportó más la presión y me desvanecí en los brazos de Martha, que con una sonrisa en los labios me situó en la silla.

—Descansa Jhon, intentaremos algo más en un rato.

— ¿Podrían llevarme…. a…afuera? —dije con la respiración cortada.

—Hace un hermoso día, seguro le vendrá bien un poco de aire.

Atravesamos todo el salón; una puerta doble de vidrio daba paso al jardín; Martha avanzó tarareando y ubicó la silla junto a un banco de madera cerca de la entrada. La vista desde ese lugar era hermosa; verdes praderas bordeaban el paisaje, las nubes corrían por el cielo formando figuras y el olor a tierra mojada se esparcía por el lugar como se esparce el polen en la primavera.

— Jhon ¿no hay problema si te dejo un instante aquí? —Dijo Martha —Es que… debo ir al baño — nuevamente veía sus mejillas enrojecidas.

—Tran…qu… de aquí no me pue… pue… —interrumpí la frase por la falta

de aire, sin embargo, ella entendió lo que trataba de decirle.

—Solo será un instante Sr, ya vuelvo; si necesitas algo aquí hay enfermeros en todo el lugar.

Asentí y ella se marcho.

«Ni siquiera puedo hablar» La nostalgia iba ganando terreno en mi desajustada mente *«Dios, si es cierto que tu existes… ¿Por qué me sucedió esto a mi? »*. Estaba ensimismado viendo el cielo, intentando ubicar una explicación razonable cuando una voz me interrumpió:

—No estés triste Jhon —la voz eran tan dulce como el canto de los ángeles.

Giré mi vista y para mi sorpresa era la menuda enfermera que me visitó el día que desperté.

—Agnes —dije.

—Veo que recuerdas mi nombre —Su sonrisa era blanca como la nieve.

Asentí con la cabeza.

—Lo has hecho muy bien hoy… — giró y señaló el salón —te he estado viendo — dijo justificándose — has logrado mucho en un día.

—Eso… creo —dije encogiendo los hombros (o intentándolo).

—No te desanimes Jhon, un niño no aprende a correr antes de caminar.

—Es que… tú no… entiendes —dije y las lágrimas amenazaron con brotar de mis ojos.

— ¿A que le temes Jhon?

La pregunta me tomó por sorpresa, parecía leer mis pensamientos. Respiré varias veces intentando organizar lo que quería decir en la menor cantidad de palabras posibles, ya que, tardaría un día entero para decirlas todas.

Mi madre.

— ¿No tienen buena relación?

Negué con la cabeza.

— ¿Y dónde está ella?

—Por… llegar.

— ¿No tienes más familia Jhon?

—No — las lágrimas salieron como cascada por mis ojos, era la primera vez que lloraba en mucho tiempo.

—Venga Jhon no te desanimes — dijo situando una mano en mi hombro, estaba fría como una roca — No existe prueba que no puedas superar, tal vez saques algo bueno del regreso de tu madre… — buscó con sus grandes ojos verdes los míos —Mis pacientes me esperan… pero si algún día quieres hablar; siempre estaré cerca Jhon —frotó con su mano mi espalda y se retiró por el jardín sonriendo.

Si creyera en todo aquello del aura diría que Agnes era un ser lleno de luz, sin embargo, como no creo; solo diré que me sentía en paz a su lado.

Martha apareció luego de unos minutos.

— ¿Y bien? ¿Quieres continuar? —dijo.

Asentí.

Pasamos el resto de la mañana intentado sujetar objetos y moviendo las piernas con unos equipos. Al cabo de dos horas, ya no podía hacer algo sin sentir un dolor agudo.

— ¿Podemos terminar? —dije

—Sí Jhon, Vamos a la habitación; ya la ración de comida debe estar lista.

«Esto debe ser un chiste ¿Cuál comida? ¿Esa maldita jeringa con un líquido repugnante que conectan en mi abdomen? ».

—Yo puedo… comer —dije sin pensar.

Martha se situó frente a la silla y me miro a los ojos, imagino que pretendía saber si le estaba jugando una broma.

—Intentaremos con un poco de agua — dijo evaluando cada palabra —Si todo va bien, iremos incrementado las dosis, ¿vale?

Asentí y mis ojos brillaron de emoción, no imaginé que me saldría tan bien ese intento.

« No cantes victoria Jhon, aunque, es mejor agua que nada »

Me sentía satisfecho, logré que Martha evaluara la posibilidad de comenzar a darme alimentos; debía salir de esta condición a un paso acelerado.

Avanzamos por el hospital en un silencio sepulcral; habitación tras habitación se podía sentir el sonido de la muerte acechando, esperando el momento indicado para venir a cobrar las vidas que le debían. Algunas habitaciones estaba abiertas y se podían ver hombres o mujeres postrados en cama; unos peores que otros. Puede que la muerte se compadeciera y viniera a buscarme después de todo.

Capítulo 4

Capítulo 4

Al entrar a la habitación, el pánico se apoderó de mi cuerpo. Las convulsiones se tornaron evidentes al ver el rostro de Rose Mary viéndome con la ilusión que una madre ve a su hijo por primera vez.

—Querido Jhon, mi pequeño hijo—dijo acercándose y sujetando mis mejillas — ¡Mira como estas! ¿Esta mujer te ha tratado bien? — giró su vista hacia Martha con recelo.

La repulsión fue inmediata; mi piel se erizó y juro por Dios hubiese estado normal, la habría aislado con un empujón. Sin embargo, no me pude mover; mis brazos temblaban y Martha colocó sus manos en mis hombros como señal para tranquilizarme. Mis ojos ardían como las llamas del infierno y taladraban con balas inexistentes la mirada de Edward.

—Jhon, mi amor; he venido hasta aquí solo por ti —dijo Rose.

« Por mí te podías haber quedado dónde estabas o te hubieses ahogado en el mediterráneo, al final daba igual. »

Su rostro avejentado hacia ver prominentes los huesos de sus pómulos y hundidos sus ojos. Su cabello blanco en forma de rizos enmarañados (o no sé muy bien que era eso), me recordaba a Clementine; su ropa ajada y sus dientes negros mostraban muy poco cuidado personal y la hacían ver como salida de un manicomio. Esa no era la Rose Mary que yo recordaba.

En el velorio de Clementine fue el último lugar en el que la vi. La abuela era una huraña; después de su muerte fue velada en la iglesia del pueblo; no tenía amigos, a su funeral solo asistimos Edward, Vivian (Su esposa), el sacerdote, Rose y yo.

Fue muy curioso ver la cara de alivio que reflejaba Rose Mary ese día; su cabello era marrón como la tierra, maquillaba su rostro y usaba un perfume de jazmín con el que se podía dopar a cualquiera. No cruzamos palabras, ya que al terminar la ceremonia me fui a un bar a donde solía escaparme en la juventud y no recuerdo nada más hasta el entierro, que se realizó en el claro que separa la casa del bosque. Tal vez por eso no quise regresar jamás a aquel viejo lugar, no quería ver la tumba de Clementine y recordar sus ojos llenos de cataratas merodeando por cualquier lugar.

«Y he aquí a esta mujer recordándome cada una de las facciones de Clementine; su cabello blanco y ese olor a rancio, que provoca el no

bañarse. »

—Hola —dije sin levantar la mirada de mis piernas.

El joven que me alzó en la mañana apareció y repitió el proceso hasta posarme en la cama en una posición cómoda.

—Gracias —dije. Él asintió y salió del lugar.

—Srta. Mi nombre es Rose Mary, soy la madre de Jhon y de Edward —dijo presumiendo.

—Un gusto conocerla Sra. Rose, mi nombre es Martha Brand y estoy a cargo de su hijo.

Rose movió su mano hasta encontrar la de Martha; la diferencia entre ambas era abismal. La mano de Martha era fornida, la de Rose, parecía un esqueleto y sus uñas largas eran como las garras de un animal salvaje dispuesto a atacar.

Una enfermera mayor irrumpió en la habitación liberando la tensión que había; Martha se valió de la oportunidad y dijo:

—Es hora de la limpieza y la comida del Sr. Martin, ¿Podrían por favor esperar afuera? — Yo suponía que Martha intuía mis pensamientos.

Edward hizo un gesto afirmativo y tomó a Rose por el brazo para sacarla del lugar.

—Yo tengo derecho a ver— grito Rose — ¡Es mi hijo! —Sonaba como una maniaca — ¡tengo que asegurarme que no le están haciendo daño!... ¡No confío en médicos ni enfermeras!

Martha abrió los ojos como platos; yo ubiqué mi temblorosa mano sobre la suya y la oprimí buscando auxilio.

—Sra. Entiendo muy bien que usted ha viajado desde muy lejos; tal vez esté cansada, sin embargo, es un procedimiento normal. Esperamos que cuando Jhon abandone el hospital, ya no se alimente por la sonda; y yo me encargare de explicarle a usted cual será la manera de tratarlo. —dijo Martha conservando la calma.

Manejó la situación mejor de lo que yo me esperaba; a Rose Mary se le notaba la ira en los ojos. No obstante, se dejó guiar a la puerta, no sin antes decirle a la enfermera:

—Te estaré vigilando mujer, no sabes quién soy.

—Simpática tu madre ¿No Jhon? —dijo suspirando una vez quedamos solos.

Torcí el gesto y Martha entendió mi desdicha, ya había librado su primera batalla con Rose y escapó ilesa. Mi madre se había convertido en una bruja igual o peor que Clementine.

Martha realizó todo el proceso habitual para alimentarme por sonda. Al culminar, tomó un vaso, lo llenó y lo acercó hasta la cama; sujetó una cucharilla similar a las de postre y la introdujo en el agua.

— ¿Listo Jhon? —dijo.

Sus ojos brillaban con la misma ansiedad que los míos.

—Sí.

Martha llevó la cucharilla hacia mi boca. Cerré mis labios alrededor del cubierto; el sabor del líquido mezclado con el metal bailaba en mis papilas, tragué despacio esperando no ahogarme y las gotas descendieron lánguidamente por mi garganta. Un acto tan sencillo como el beber agua. Y yo lo disfrute a plenitud; nadie podía quitarme esa victoria.

******

Los días transcurrieron sin mayores tropiezos, luego de mi primer encuentro con los líquidos, Martha aumentó despacio las cantidades; dos semanas más tarde ya me deleitaba con mi primera sopa en largo tiempo. Las terapias en el salón eran dolorosas, siempre terminaba llorando o gritando, sin embargo, a la semana fui capaz de levantar mi cuerpo casi hasta la mitad y unos días después cuando Martha me ayudaba permanecía en pie unos minutos. Con ese logro llegó la retirada de la sonda. Pasado un mes ya podía ponerme en pie solo y a los dos meses ya daba pasos sujetándome de las barandas.

El único momento incomodo era el bañarme; ya que no había forma de hacer que Rose Mary saliera del lugar, se plantaba en la puerta y vociferaba:

— ¡El es mi hijo!... les guste o no me tienen que soportar— sonreía mostrando sus dientes negros — Yo lo sé todo, nadie me lo ha contado; ustedes abusan de los discapacitados y yo debo asegurarme que mi hijo no sume un nombre más en la lista.

Rose Mary había pedido la cabeza; Martha y una joven que siempre alternaban, se sentían ofendidas ante tales acusaciones. Sus mejillas se

tornaban muy rojas y no precisamente por la vergüenza; considero que si Martha soportaba todo aquello era por ayudarme. El bañarme era un proceso que nos causaba incomodidad a ambos; y como no hacerlo: un hombre de treinta y siete años, desnudo frente a una mujer o dos y no precisamente para un encuentro sexual; si no, para que te bañe como a un niño pequeño. Así que, los comentarios de Rose Mary no ayudaban.

—Los doctores y enfermeras siempre buscan ver tu cuerpo desnudo— dijo Rose preparando uno de sus típicos monólogos — ¿Un dolor de cabeza? ¿Tiene vomito? ¿Le duele el cuello?.... Señora aquí tiene una bata; por favor quítese toda la ropa y espere en mi consultorio. — y realizó toda la dramatización. — ¡Víboras del demonio!...

…Una vez dentro te manosean, con la excusa de examinarte — señaló a la enfermera más joven — Tú mujer... dime ¿Por qué disfrutas rozando su cuerpo?

La joven abrió su boca para defenderse, pero Martha movió su cabeza para señalarle que era mejor quedarse callada.

— ¿Por que la callas?... déjala que hable, ¡estaba por confesarlo todo! Dime tú — dijo estirando su huesudo dedo de nuevo hacia Martha — ¿Por qué desean tanto ver el cuerpo desnudo? ¿Qué, ya no existen maquinas sofisticadas?

Martha tomo una gran bocanada de aire y continúo restregando mi cuerpo.

—Lárgate de aquí —dije.

Giré mi vista hacia la enfermeras para excusarme por lo que debían oír de esa mujer. Rose Mary abrió sus ojos casi desorbitándolos, sus dientes rechinaban.

— ¿Vas a preferir a estos demonios que a tu madre?

El único… demonio eres tú.

—Sigue así Jhon, sigue así… Yo soy una mujer mayor y no tienes derecho a maltratarme —dijo lanzado un portazo al salir.

Una vez acabado el baño le pedí a Martha que me llevara al jardín; deseaba estar solo. Edward tuvo que intervenir para que Rose Mary no nos siguiera. Al llegar al jardín Martha tomó asiento a mi lado y contemplamos el paisaje hasta que ella rompió el silencio:

—Jhon, hay algo que debo decirte — colocó una mano en mi hombro.

Supe que lo que estaba por venir no podía ser algo bueno.

— ¿Te vas? —me apresure en decir.

—Sí Jhon —Martha se encogió en hombros —lo siento, hemos avanzado mucho en estos dos meses, pero tu madre me está…—

—Volviendo loca — Sí.

—Hablaré con el doctor Sullivan, para que asigne a alguien que pueda manejar mejor la situación — dijo.

Asentí y me quede un largo rato en silencio.

—Gracias Martha —mi voz había mejorado, sin embargo, aun era pausada.

—No tienes que agradecer Jhon —Martha me abrazó y las lagrimas anegaron sus ojos.

Nos quedamos en silencio, absortos en la nada, yo no quería hablar y ella me entendió. Volví a la habitación con el ánimo desecho. Desde el pasillo se escuchaban gritos y a medida que nos acercamos descubrí que eran Edward y Rose.

«Bien, ¡Adiós tranquilidad! »

Entré a la habitación y Edward blandía sus manos en el aire cual espada; Rose giró hacia mí y lo dejó hablando solo.

—Oh Jhon, querido — dijo — ¿Cómo te sientes?

—Estoy bien… ¿Qué… sucede? — dije.

—Estaba hablando con tu hermano sobre los niños; le comentaba que debería traerlos a la casa con nosotros. Allá donde viven no están seguros; toda esa tecnología, los alimentos procesados —dijo explicando su punto.

—Di la verdad mujer —dijo Edward exasperado —Me acusaste de querer matar a mis hijos por colocarle sus vacunas… ¡estás loca!

Yo observaba atónito; Martha tocó mi hombro y desapareció del lugar antes de ser atacada.

—Es que tu no entiendes Edward… — Dijo Rose —Yo leí un estudio, los doctores utilizan las vacunas para inyectar virus en los niños, nunca ha sido comprobada su efectividad para combatirlos —llevó las manos a su pecho en señal de alto —y no me miren con esa cara, yo si investigo, cosa que por lo visto ustedes no hacen.

Ella veía la incredulidad en los ojos de Edward y la ira en los míos. Edward se retiró resoplando; desde la llegada de Rose Mary se turnaban para cuidarme, y esa noche le tocaba a ella.

« ¡Y que venga la diversión! » dijo una voz irónica en mi cabeza.

A eso de las ocho de la noche Rose Mary inició su típica pelea:

—Esto increíble, no ha venido ninguna enfermera a verte…. ¿Qué clase de servicio dan aquí?

— ¡Basta! —dije

—Es que no debe ser así Jhon ¿y si te doliera?, para algo se paga un seguro tan caro — ya comenzaba a exaltarse.

—Estoy bien.

—Iré a buscar al doctor…. al encargado del hospital de ser necesario. ¡Esto no puede seguir pasando! Si no…. los voy a demandar.

Se levanto y salió del lugar ignorándome, *«Si tanto le importaba, ¿no era mejor quedarse a mi lado?».*

A la mañana siguiente algo inusual sucedió, las enfermeras corrían por todo el hospital, Martha se acercó sigilosa a mi habitación; tenía la cara pálida y estaba fría, su cabello lucía mojado y grasoso como quien acaba de terminar una rutina de ejercicio.

— ¿Qué sucede?

—Todo está bien Jhon —dijo dudosa —solo es una enfermedad; han ingresado muchos casos en la noche. Se teme que pueda ser un virus.

— ¡Ah!

—Jhon… no pidas que te saquen de la habitación, hasta que estemos seguros, hay algunos pacientes en cuarentena.

Su rostro estaba blanco como la cal; era como si le hubiesen drenado todo

el flujo sanguíneo de sus mejillas.

— ¿Es algo extraño?

—La verdad no se… presentan fiebre, tos, diarrea, y dolores musculares— no parecía algo grave — La cuestión está en que no es solo uno... Han ingresado quince pacientes con los mismos síntomas.

Martha estaba muy nerviosa, sus manos temblaban y sudaba copiosamente.

—Y por favor Jhon… ¡no le digas a tu madre por ahora!

—Hablaré con Edward.

Rose Mary se había retirado ya; ojala hubiera ido a tomar una ducha, desde que llegó lucia la misma ropa con algunas variaciones.

«Se extravió mi equipaje» había dicho al llegar.

Esa tarde Edward llegó más animado; al encontrar la locura en la que se hallaba inmerso el hospital, ingresó confundido en mi habitación. Le conté lo que me había dicho Martha esa mañana y el abrió los ojos como platos.

—Jhon, yo escuché de esa gripe el año pasado, es la famosa gripe aviar; en los humanos es algo mortal —dijo.

—Yo no sabía.

Y la verdad no sabía, no me dedicaba a investigar sobre grandes pandemias, leía el diario una vez por semana porque me lo prestaban en la oficina y como no veía televisión, creo que estaba un poco desactualizado.

—Jhon… —Edward estaba incomodo y mordía incesantemente su labio inferior — ¿Puedes pasar esta noche solo? —Se encogió en hombros —Entiéndeme tengo una esposa e hijos de quienes encargarme, no me quiero contagiar.

—Está bien. — disfrutaba estar solo, sin embargo, en esas circunstancias me daba temor.

Temor no, pánico era lo que sentía; no había escuchando sobre esa fulana enfermedad y ahora tenía que pasar la noche solo, en un hospital con quince casos en cuarentena. Edward colocó una bolsa mesa auxiliar y se retiró.

Pase horas viendo el techo y jugando con el control del televisor, ya era tarde cuando Agnes entro a la habitación con su típica sonrisa y labios carmesí.

— ¿Todo bien por aquí Jhon? —dijo sonriendo.

—Estoy en las puertas… del infierno. — Hice un gesto con mis hombros y ella sonrió aun más.

—Ya hablas mejor Jhon. — y se situó junto a mi cama. — ¿Y tu familia?

—Bueno… Rose descansa y Ed… ya sabes, la gripe.

—No es bueno que estés solo, no con todo este alboroto; ¿Quieres compañía?

— ¿Y tus pacientes? — pregunté.

—Ya he terminado, de hecho iba camino a casa.

Tomo asiento en el mueble y se quedó en silencio viendo el televisor. Al cabo de un rato giró hacia mí.

— ¿Qué pasa por tu cabeza Jhon Martin?

« ¿Y qué podía responder? Mil cosas daban vueltas en mi cabeza, sin embargo, no quería que ella cargara con mis problemas.»

—Mi enfermera renunció… Mi madre está loca… — no pude evitar la sonrisa que esbocé —Mi hermano actúa extraño…y yo… y yo… bueno… yo tengo miedo —dije.

— ¿A que le temes Jhon?

«Nuevamente aquella pregunta que no sabía responder. »

—No quiero volver… a esa casa. —dije.

— ¿Sucedió algo malo ahí?

Negué con la cabeza. Cómo explicarle a Agnes que no era algo físico, sino emocional lo que me hacía sentir repulsión por ese lugar.

—Sin embargo, ¿Te trae malos recuerdos?

Agnes era inteligente, una pequeña enfermera muy astuta, parecía

adivinar cada uno de mis pensamientos.

—Sí.

—Agnes… Te puedo… —no pude continuar.

— ¿Qué pasa Jhon?

—Es que a veces... quisiera haber muerto en ese accidente.

—No digas eso, no lo repitas, tu eres un hombre muy valioso, y si estás vivo es por alguna razón.

Yo no era del todo católico, pero de algo si estaba seguro y es que si dios existía no permitiría que este tipo de cosas sucedieran y yo no me consideraba tan malo.

— ¿Y si Dios se divierte jugando conmigo? —dije.

—Eso no es así Jhon, como te explico… sea cual sea el Dios en el que tu creas, él siempre va a poner pruebas en el camino que hay que superar; en algunas solo debemos perdonar.

Eso parecía un sermón de esos que evito y por los que no voy a la iglesia, pero aun así, Agnes lo decía de corazón y yo entendí.

— ¿Hablas de Rose?

—Sí Jhon, creo que ella se preocupa con sinceridad por ti, tal vez no sea estable mentalmente, pero algo si es seguro y es que desea lo mejor para ti.

No pude evitar la carcajada que salió después de mi boca.

— ¿Estable? ¿Sabes que odia los a los médicos? —dije aun riendo.

—Tal vez sufrió un trauma infantil, más no creo que sea una mala persona.

—Agnes… dijo que ustedes abusaban de mí — dije en tono sombrío.

Ella se quedó pensando un instante, como buscando las palabras exactas para devolverme. Creo que fue en vano el esfuerzo ya que abrió su boca, la volvió a cerrar, soltó un largo suspiro e intentó cambiar de tema.

— ¿Qué ha sucedido con la Srta. Brand?

—Rose Mary con su locura… la asustó, como te digo…. Ella la acusó de que quería abusar de mi — me encogí en hombros.

Los ojos de Agnes reflejaron una profunda tristeza.

—El ser humano suele juzgar muy mal ¿no?

—Sí, aunque, lo cierto es que si hay personas malas en el mundo. No ella, pero si las hay —dije.

—Creo que a veces actuamos mal, pensando que hacemos el bien Jhon. En el fondo siento que el ser humano es bueno por naturaleza.

—O malo… — después de todo, quién era yo para saber eso.

—Sí… yo a veces lo dudo; si Dios existe ¿Por qué pasan cosas malas?... a veces pienso que Dios ha sido creado como un ser omnipresente para sugestionarnos y hacernos actuar mejor. Si le tememos al castigo, nuestra mente se debatirá y optará por hacer las cosas bien.

Asentí.

—Bueno yo que puedo saber de todo esto. No soy más que una jovencita.

—Eres muy sabia para la edad que aparentas — dije sin querer preguntar su edad, algo he aprendido en la vida y es no preguntarle la edad a una mujer.

—Gracias, he tenido un gran maestro… — dijo viendo el vacío —Hay un doctor que me gustaría que conocieras, te encantaría hablar con él. — dijo soltando una pequeña risa.

Yo suspiré, últimamente mi vida se trataba sobre doctores y enfermeras, no había visto a nadie más desde el accidente, pensé que mis amigos y conocidos no se enteraron de nada, puesto que no habían ido a visitarme… o tal vez nadie había querido ir a verme. La nostalgia apareció dibujada en mis ojos y de nuevo Agnes la avistó a tiempo y dijo:

— ¿Quieres comer algo? Aquí hay una bolsa.

Se levantó tomó la bolsa de papel que estaba al lado de la cama y la abrió.

—Uhmm Sopa, huele delicioso Jhon, deberías comer. Aún está caliente — Dijo sacando un envase.

Esa noche fue la más tranquila y alegre que tuve desde mi llegada al hospital central. Comimos, reímos, hablamos un poco más sobre la vida y

me gustaba la manera de ver las cosas de ella, siempre veía el lado bueno de todo. Agnes se acercó y acarició mi cabello, sus manos se deslizaban con suavidad; su mano era pequeña, delicada y blanda. Sentía tanta paz. Cerré mis ojos y no supe en qué momento caí dormido.

Al despertar, Agnes se había marchado y yo seguía solo, no había rastro de Rose Mary, ni de Edward.

Martha llegó muy temprano, y al no ver a nadie dijo:

—Jhon, ¿Pasaste la noche solo?

—No, una enfermera me hizo compañía.

El alivio se reflejó en su rosto. Imaginen lo que podría haber dicho Rose de saber que me dejaron solo toda una noche.

—Ah, seguro ya has conocido a tu nueva enfermera —dijo con una sonrisa que no sabría decir si era de tristeza o de alegría.

—Sí. — respondí antes de que Rose Mary entrara al lugar vociferando y blandiendo sus manos en el aire.

— ¿Por qué nadie me avisó de la epidemia? —gritó.

—Sra. Rose no tenemos ninguna epidemia —dijo Martha.

—En emergencia escuché que había personas en cuarentena; dime ¿por qué razón optarían por eso de no ser por una epidemia? — sus gritos eran cada vez más altos.

—Sra. Rose, le pido que mantenga la calma, lo que se está presentando en emergencia es una gripe. Para mayor seguridad se ha optado por la cuarentena, para mantener a los demás pacientes alejados y evitar así cualquier complicación.

La explicación sonó razonable, al menos para mí. Rose seguía gritando y manoteando, por un instante pensé que iba a golpear a la pobre Martha; que de vez en vez cerraba sus ojos por lo cerca que pasaban las manos de Rose.

—Voy a hablar con el director…—giró hacia mi — Jhon esta tarde nos vamos de aquí — y salió corriendo tan rápido como andan las malas noticias.

«Y aquí vamos de nuevo »— me sentía cansado de esta actitud de Rose

Mary, la histeria y el drama acababan conmigo.

Al volver, el doctor Sullivan la acompañaba; intentando calmarla, sin embargo, ella entró a la habitación y recogió mis pertenencias.

—Jhon, quiero decirte que, teníamos toda la intención de ayudarte, pero tu madre ha tomado la decisión de sacarte del hospital. —dijo Sullivan.

Yo solté un fuerte suspiro sin poderlo evitar. Edward entró a la habitación sin creer lo que veía.

— ¿Paso algo doc? ¿Jhon está bien? —dijo con nerviosismo.

Rose Mary descubrió al instante lo que traté de evitar.

— ¡Tú!... ¡Tú lo dejaste solo!, eres un maldito egoísta; es que no ves que tu hermano te necesita —gritó Rose golpeándole con los puños el pecho.

—Yo estoy bien. — respondí a modo tranquilizador.

—Jhon, enviaremos eventualmente a una enfermera a ayudarte —dijo Sullivan.

Edward no entendía lo que estaba sucediendo.

— ¡Que no sea ninguna de estas! —dijo Rose haciendo un gesto con el rostro en dirección a Martha. —Si yo no lo apruebo nadie entrará a mi casa, que le quede claro doctor Sullivan, no voy a permitir que nadie le haga daño a mi hijo —amenazó —o llamaré a la policía.

Todos los presentes tratábamos de mantener la calma; Edward abría y cerraba sus puños en clara señal de ira, el doctor Sullivan respiraba tan fuerte que casi parecía un toro enfurecido y la pobre Martha apretaba con tanta fuerza mi hombro, que por un segundo pensé que lo iba a romper.

—Jhon quiero verte en un mes —dijo el doctor Sullivan ignorando a Rose Mary.

Yo asentí con la cabeza y el doctor y Martha salieron del lugar.

— ¿Qué demonios pasa contigo? ¿Estás enferma? —reclamó Edward a Rose.

—A mí no me hables así Edward o te arrepentirás; no pienso poner en riesgo la vida de tu hermano.

A la una de la tarde Salimos del hospital en un Toyota plateado del año, rumbo a Hanged Rd, donde mi infierno estaría completo.

Capítulo 5

Capítulo 5

La casa 46, era una pequeña cabaña ubicada al final de una calle con forma de U, conectada por un solo lado con la autopista, así que nadie transitaba por ahí. Era una casa de un solo nivel y más era el espacio de tierra desocupada que pertenecía a la propiedad que la construcción como tal. La recordaba en una colina alejada de las otras tres viviendas que formaban parte de Hanged Rd; donde los ciervos y demás animales llegaban hasta la puerta para pastar o hacer sus nidos. Vista desde el exterior parecía un lugar acogedor, la típica casa para una familia pequeña; en el frente había un porche con tres escalones y dos ventanas cuadradas que se veían con facilidad; una daba a la sala y la otra a la que fuera mi habitación. Cuatro columnas soportaban el peso del techo que se alzaba en forma de pirámide y una pequeña ventana podía observarse por encima de todo, el hatico; el lugar que mi padre convirtió en su hogar para alejarse de Rose Mary.

La casa 46 no era del todo fea, pero tenía una energía que le pondría los pelos de punta a cualquiera.

El auto avanzó despacio, tal vez porque Edward al igual que yo no quería llegar al maldito lugar. Rose Mary vociferó todo el camino, criticaba a los niños que jugaban solos en la calle, regañó a un hombre que lavaba un auto en su casa acusándolo de estar acabando con el planeta. Por el contrario vio una pareja de jóvenes tomados de la mano y le pareció el acto más hermoso de la naturaleza; eran tan jóvenes que al ver a la muchacha embarazada sentí pena por ella, no tendría más de quince años y el joven no sería mayor que eso.

¿Qué había en la mente de Rose Mary? no deseaba descubrirlo; parecía una red confusa y tan enmarañada que podrías perderte como en un laberinto y nunca encontrar la salida.

La ciudad y sus edificios quedaron atrás, la carretera dio paso a un terreno apartado y boscoso. Los arboles se alzaban con total imponencia a cada lado formando un gran arco; sus ramas se enlazaban como el roce de dos cuerpos al conectarse, estaban tan cerca entre sí; que la luz paso a ser un regalo preciado, si es que lograba colarse de a poco.

El auto de Edward tenía un olor particular, y si conocen el olor que emanan los ambientadores con forma de pino a punto de acabarse, entenderán porque luego de un rato sentí nauseas, ya no sé bien si fue eso, o la simple idea de volver a la casa de mi infancia. Estos quince años mientras Rose estuvo fuera, Edward y yo no pisamos ni una vez el lugar;

por el contrario pagábamos a un hombre para que cada tres o seis meses limpiara y reparara todo.

Salimos de la autopista y el auto avanzó adentrándose cada vez más en la calle principal de Hanged Rd, comenzaron a hacer aparición la caras comunes de mi niñez; solo que más regordetas o avejentadas. Dos mujeres caminaban charlando; una era blanca, cabello oscuro, con unos kilos de más y la otra delgada, alta y usaba gafas con marco de pasta; al ver quiénes iban en el auto quedaron paralizadas, la gorda perdió todo el color del rostro y su quijada casi se desencaja. Recuerdo que era una mujer malhumorada y chismosa; la alta por el contrario era una mujer pasiva y alegre, tenía dos hijas gemelas que eran una verdadera pesadilla (Amanda y Carol). Ambas de cabello rojizo y con abundantes pecas en su rostro al igual que su madre.

Rose Mary sonrió como tonta y movió su mano en señal de saludo ignorando la reacción en el rostro de ambas mujeres.

—Son Abby y Jane, ¡qué alegría verlas! — dijo con el mismo humor que un niño vuelve al colegio después de sus vacaciones para encontrarse con sus amigos.

El auto avanzó hasta aparcarse en el terreno frente a la casa 46. En ese instante me di cuenta que al igual como me sucedió con Rose ese no era, ni por cerca el hogar que yo recordaba; se veía oscuro, deteriorado, en estado de abandono. Deseé que por dentro estuviese en mejores condiciones; en la fachada, las tablas lucían desteñidas por el sol, su hermoso color azul pasó a mostrar una serie de betas y manchas que no se podían ocultar. Las ventanas llevaban oscuras cortinas que no permitían ver hacia su interior; las tejas del techo se encontraban ennegrecidas y las columnas del porche estaban agrietadas.

— ¿Hace cuanto tiempo que no le hacen mantenimiento? —pregunto Rose Mary bajándose del auto.

—Tres o cuatro años, creo —respondió Edward sin inmutarse en lo que acaba de decir.

Yo estaba atónito; Edward cada tres meses me pedía dinero para según él, pagarle al Sr Smith; quien se suponía tenía la tarea de pintar, limpiar y abrir por un rato las cortinas y ventanas. Uno o dos años atrás le pagué una alta suma de dinero, ya que se debían realizar reparaciones mayores de fontanería y construcción. Pero esta casa estaba olvidada y entendí que mi hermano me engañó las veces que pidió el dinero. Sin embargo, decidí excusar su comentario.

El césped había crecido tanto a su alrededor que casi parecía una selva y

enmarcaba más aquel aspecto tétrico y lúgubre.

Bajé del auto con dificultad, Edward esperaba para ser mi apoyo. Rose Mary avanzó con paso firme hacia la casa ante la vista de "sus dos amigas" que se acercaban con curiosidad en dirección a nosotros. Al verlas cambió su recorrido y corrió hacia ellas.

— ¿Rose? ¿Eres tú? —preguntó Jane.

— Jane, Abby. Sí, soy yo — dijo con una euforia exagerada.

— ¿Cuándo llegaste Rose? ¿Volverán a casa? —las dos mujeres hablaban al mismo tiempo.

—Volví hace dos meses, es que mi hijo mayor, Jhon, sufrió un accidente y… por poco muere. —dijo con un falsa tristeza en los ojos.

« ¿Cómo puede ser tan cínica?»

— ¡Oh no!, no puede ser. ¿Ese es Jhon? —preguntó Jane a la vez que Abby se llevaba sus manos al rostro en señal de asombro.

—Sí, es él y el otro es mi pequeño Edward.

Las dos mujeres levantaron la mano saludando en dirección a Edward y a mí, mientras mi hermano mascullaba improperios apenas audibles a mis oídos y respondía el saludo.

—Vamos a estar en casa un tiempo, hasta que Jhon se recupere —continuó Rose.

—Gracias a Dios Jhon se salvó, solo él sabe qué misión debe cumplir tu hijo —dijo Abby.

—Dios no existe Abby, eso lo descubrí hace tiempo —respondió Rose en tono cortante.

Las dos mujeres reaccionaron ante el comentario y decidieron retirarse unos pasos.

—Bueno Rose, querida, me imagino que estarán cansados —Jane rompió el silencio que se hizo cada vez más tenso —Más tarde o mañana pasaremos a visitarlos cuando ya estén tranquilos.

—Bienvenida a casa —concluyó Abby con una sonrisa nerviosa.

Ambas mujeres se alejaron, dejando a Rose Mary de pie en medio de la

vía.

—Adiós muchachos —dijeron ambas sacudiendo sus manos.

Rose Mary se dio la vuelta y avanzó hacia la entrada con las llaves en su mano, mientras las mujeres se perdían en la distancia.

El lado derecho de mi cuerpo temblaba más de lo habitual, puede que por el tiempo en pie, o tal vez eran los nervios, la rabia y la resignación peleándose en mi interior.

— Bienvenido al Infierno —dije en voz alta y Edward soltó una carcajada.

Rose Mary se giró desde el portal, pero hizo caso omiso y entró a la casa.

—Dime que al menos te vas a quedar una noche. —dije.

—Sí, mañana me iré temprano. Es que no se lidiar con ella.

— ¿Y crees que yo sí? — resoplé.

—Estarás bien, lo sé. Te llamaré cada dos días y más tarde iremos a comprar lo que necesites.

Mi hermano trataba de enmendar el hecho, de que descubrí que me pedía dinero sin necesitarlo y solo él sabe para qué lo usaba.

Al llegar al porche de la casa me fijé en la antigua banca de madera, parecía estar instalada en el lugar desde la creación de la casa en siglo XIX. Una capa de polvo la cubría como el velo de una novia, una sensación de angustia se apoderó de mí, estaba a punto de atravesar la puerta y abrir la caja de pandora, memorias buenas y malas. Los castigos de Clementine, las aventuras con mi padre en el jardín trasero donde ahora reposaba, no sé si en paz o no esa vieja bruja.

Subí el primer escalón y la madera rechinó como cuando se pisa por accidente la cola de un gato. Al entrar a la casa; el olor a moho impregnaba todo el lugar, estaba oscuro, las cortinas no permitían el paso de la luz hacia el interior y el frío que sentí me recorrió toda la espalda y me paralizó por un instante.

« Esto tiene que ser una broma — Este lugar es una pocilga — Con razón Edward no planea quedarse más de una noche, él sabía las condiciones del lugar y aún así lo permitió»

No lo odiaba, sin embargo, la impotencia me albergó. La casa en su interior, era como la recordaba, a mi izquierda estaba la sala, aquella que en algún momento fue cálida. Con sus muebles victorianos color marfil; la

chimenea que solo se encendía en navidad o en ocasiones espaciales. Y las plantas de hiedra que Rose tenía colgando en una esquina; ya no eran más que un escenario sombrío. El color marfil de los muebles paso a ser de un amarillo claro, las plantas se murieron y sus hojas estaban esparcidas por el suelo; los muebles se ubicaban uno al lado del otro como formando una L y una pesada cortina de terciopelo marrón cubría la ventana. Sentí que me faltaba el aire y quería salir corriendo de aquel lugar.

Me preparé por horas sólo para descubrir que la realidad era peor que todo aquello que yo había imaginado. Sobre una pequeña mesa de roble, un antiguo teléfono de disco era lo más cercano al mundo exterior que había. De la sala pasé la vista al comedor, del que apenas alcanzaba a ver una parte, la mesa iba a juego con todo, sus hermosas patas en forma de columnas talladas alcanzaban a verse debajo de una gran lona blanca (o que en algún momento fue blanca) que la cubría en su totalidad. Frente a mí, un espejo dorado ocupaba media pared y reflejaba un maldito cucú de cuerda, que cada vez que sonaba me hacía temblar, para mi suerte no estaba funcionando.

En el ala derecha de la casa, tres habitaciones se ubicaban una al lado de la otra, la mía daba frente a frente con la de Rose.

Al entrar a mí habitación, noté que el olor a moho era aún más fuerte que en la entrada; el papel tapiz estaba cubierto por manchas color negro y las cortinas tenían una capa de polvo tan gruesa que parecía ceniza después de un incendio. Una cama de tope metálico se ubicaba en el centro, luciendo un antiguo tendido color gris con flores rosadas. Y frente a ella, una alta cómoda de pino dejaba descansar un pequeño televisor Hitachi que ni siquiera control tenía. El armario había perdido una puerta y la misma se encontraba reclinada a un lado. Respiré resignado y tomé asiento en la cama.

—Jhon ¿Estás bien? — dijo Edward.

—Eso creo.

Otra mentira, no estaba ni cerca de encontrarme bien, quería vomitar, correr, llorar, gritar. Sentía rabia, tristeza y veía mi cuerpo convertido en una pesada carga que aún no sabía manejar.

«Si estuviese casado, esto no pasaría. Estaría en mi casa, recuperándome y mi esposa traería sopa caliente en una bandeja»

El pensamiento batió todo en mi interior. Nunca formalicé una relación con alguna mujer, tuve miedo al compromiso y cada vez que me acercaba al punto de seriedad en la relación, decidía terminar todo y comenzar una nueva. Puede que mi temor se basara en dar con una mujer como Rose, o

que con los años se transformara en alguien similar a ella.

—Edward —dije — ¿Puedes quitar esas malditas cortinas?

La oscuridad de la habitación me sofocaba.

—Seguro Jhon —dijo saliendo.

—Este lugar es un asco —escuché gritar a Rose Mary en la sala. — ¿Cómo es posible que hayan dejado acabar mi casa de esta manera?; La casa que con tantos esfuerzo logré comprar junto a mi esposo… ¿Y ustedes la abandonan así?

Parecía otro de los monólogos a los que ya casi me había acostumbrado.

—Edward, deberías estar viviendo aquí con tus hijos, educándolos como debería ser, no allá en medio del libertinaje y las drogas —dijo a la vez que mi hermano pasaba a su lado.

Aprendimos que a Rose era mejor ignorarla, pues podías sucumbir ante la tentación de responder y explotar lo que podría ser la tercera guerra mundial.

¿Edward me escuchaste? – gritó.

—Sí mujer, te escuché —Gruño él a lo lejos.

—A mi trátame con respeto, ¡yo soy tu madre! Si así estas criando a tus hijos no me imagino la clase de delincuentes en los que se van a convertir.

Y al no obtener respuesta alguna continuó:

—Quiero que vengas para el día de acción de gracias, llamaré a tu esposa y le haré la invitación —su carácter parecía una montaña rusa, por momentos llegaba a la cima de la euforia y en segundos te enfrentabas a una ira desmedida.

—Si Rose, lo intentaré —Respondió Edward escuchándose cada vez más cerca.

Edward entró a la habitación trayendo consigo una escalera, la armó y en segundos la horrible cortina de terciopelo cayó al suelo levantando una gran bomba de polvo. Yo salí como pude de ahí, mientras Edward tocía sin control; me sostuve del marco de la puerta del baño a esperar que la estela de polvo desapareciera. Edward abrió la ventana y el aire que entró

pareció normalizar la situación.

—Jhon, iré a comprar comida ¿Quieres algo? O ¿Quieres venir? —preguntó saliendo de la habitación aún tosiendo.

« ¿Qué si quiero algo?... Quiero volver a ser el que era hermano y eso no me lo podrás dar. »

—Sí, Salir de este lugar —dije sin pensar.

—Vamos, salgamos un rato.

Rose Mary estaba en la cocina, lo podía imaginar porque sonaba hurgando todo como un ratón en busca de comida; una vez yo me encontraba fuera de la casa, Edward gritó:

—Rose, vamos por comida ¿Quieres algo?

No logré dar dos pasos antes de que la mujer saliera corriendo y se situara a nuestro lado.

— ¿Cómo te vas a llevar a tu hermano? ¡Se puede contagiar de algo! —dijo histérica.

—Rose Mary, Jhon no es un niño, tuvo un accidente y le cuesta caminar, pero él - no - está - enfermo, ¡entiéndelo!

—Si algo le sucede será tu responsabilidad y velaré porque pagues con el peso de la ley.

Edward cerró la puerta tras él y caminó dándome su brazo como soporte.

—Cuando vuelvas vamos a hablar —gritó Rose abriendo la puerta y dando un portazo.

—Esa mujer me está volviendo loco —dijo Edward.

Yo lo miré con el rostro inexpresivo, pensé que era mejor callar y no decirle que él ya se iba a escapar de este lugar, que tenia a donde volver y quien lo esperaba por las noches. Dos hermosos hijos de quienes escucharía muy pronto sus risas. ¿Y yo qué tenía? Una madre ausente que había vuelto después de quince años a hablar de problemas médicos, investigaciones científicas y a tratarme como si fuese un niño. Estaba oficialmente deprimido.

El camino al mini market se realizó en completo silencio, al llegar Edward me ayudó a bajar del auto. Entramos y una hermosa rubia atendía la caja; al vernos sonrió. Llevaba una camisa color rosa ajustada al cuerpo, los

dos primeros botones los usaba sueltos dejando ver su voluptuoso pecho, tenía el cabello suelto con risos dispersos y un pantalón negro ajustado. Algo en el rostro de esa chica se me hacía conocido.

Edward tomó los productos que quería comprar: algunas frutas, jugos, enlatados y todo aquello que Rose pudiese necesitar por un tiempo. Yo, tomé asiento cerca de la salida y esperé a que él terminara.

— ¿Eres Jhon Martin, verdad? —preguntó la rubia.

Sentí como mis ojos se abrieron con total sorpresa.

—Sí —respondí.

—Mi madre me dijo que los Martin habían vuelto y yo no lo podía creer –—dijo riendo y se acercó a mi lado.

Éramos los únicos clientes del mini market, así que la rubia no tenía mucho trabajo esa noche.

— ¿No te acuerdas de mí? —preguntó.

Mi rostro se puso rojo; la verdad era que yo no reconocía a esta mujer y ella parecía conocerme muy bien. Moví la cabeza negando y ella continuó.

—Soy Amanda Taylor, la hija de Jane; estudiamos juntos —su sonrisa era ancha y sus dientes blancos como perlas.

— ¡Mandy! Como has cambiado, que alegría verte.

Amanda se había convertido en una hermosa mujer; por lejos había quedado aquella pecosa fastidiosa que me perseguía a todos lados.

— ¿Qué te paso Jhon?

—Bueno, ya sabes… mala suerte.

—Dijeron que casi mueres — sus ojos se oscurecieron — Pero, ¡qué bueno tenerlos de vuelta! — puso su mano en mi pierna — si necesitas algo sabes donde conseguirme.

Me sentí con innegable excitación, era una mujer hermosa, y hacia algún tiempo que no tenía este tipo de contacto. Edward se acercó a la caja con recelo.

— ¿Y cuanto tiempo estarán en el pueblo? —dijo Amanda.

La cara que puso Edward, demostró que no tenía ni la menor idea de quién era ella, pasaba la vista de Amanda a mí con total confusión.

—Es Amanda, la hija de Jane —dije.

—Que sorpresa Amanda, no te imaginaba viviendo todavía acá —dijo Edward.

Ella sonrió y caminó hasta la caja para comenzar a cobrar.

—Yo estaré un tiempo —dije —Edward regresa mañana… a Florida con su familia.

— ¿Florida? —dijo Amanda — ¿Tan lejos?

—Sí, mi esposa es de allá y ya tengo dos pequeños niños.

—Oh, Entonces ten un buen viaje Ed… y Jhon, a ti espero verte pronto, pasaré por tu casa en cuanto pueda —dijo terminando de colocar dentro de una bolsa los productos.

—Me encantaría —dije.

Nos despedimos de ella y salimos del mini market. En el camino de regreso Edward compró una pizza.

— ¡Qué buena esta Amanda! — dijo por fin rompiendo el silencio.

—Sí, no la reconocí.

—Yo tampoco, deberías hablar más con ella Jhon, tal vez te saque de ese infierno con Rose.

Yo permanecí en silencio. La imagen de la pequeña Agnes vino a mi cabeza, ya extrañaba esas charlas sobre cualquier cosa, me sentía al borde de la locura.

La luna desfilaba enorme por el cielo, cuando el Toyota aparcó frente a la casa. Esa noche nos sentamos en el mueble de la sala y conversamos de cosas sin sentido. Rose Mary se encerró en su habitación, así que, Edward puso en un plato dos porciones de pizza y se la llevó.

Una vez en la habitación seguimos hablando y recordando nuestra infancia corriendo por toda la casa y acabando con la poca paciencia de la vieja bruja. En un punto de la conversación Edward se puso sobrio y preguntó:

—Jhon ¿estarás bien? — podía ver el temor o la culpa en su rostro.

—Sí, no te preocupes, pronto te iré a visitar a Florida.

—Toma, te compré esto —dijo entregándome un pequeño rosario y una linterna.

Lo recibí y mi cara demostró mi extrañez.

—Ya sabes, por si en algún momento la oscuridad te molesta —dijo.

—Gracias —no sabía qué más podía decir.

Esa noche me tendí en la cama y lloré en silencio hasta quedarme dormido, caí en una oscuridad profunda.

A la mañana siguiente me desperté descansado. Edward aún dormía, así que, decidí levantarme de la cama y estirar las piernas; con gran esfuerzo me puse de pie y un paso a la vez avancé por la habitación. Al salir al recibo ya Rose Mary se encontraba cocinando. Caminé en dirección a la entrada para salir a respirar aire puro y sin moho; la puerta sonó y Rose como una sombra apareció a mi lado.

— ¿A dónde vas Jhon? ¿No pensaras irte de casa? —dijo con una risita en los labios.

—Solo necesito aire; el olor a moho me está asfixiando.

—No te preocupes, limpiaré todo para que no te enfermes —dijo ampliando la sonrisa.

« Esta mujer sí que es extraña, a veces está bien, otras mal»

Torcí el gesto, salí de la casa y me ubiqué en el viejo banco de madera. Desde el, podía ver como el sol se colaba de a poco entre las ramas para calentar la tierra y a las pequeñas ardillas que jugueteaban entre los árboles. En las siguientes dos horas, vi como el joven que reparte los diarios miraba con cara de asombro en dirección a la casa, como los caballos de mi vecino cabalgaban libres. El sonido de una rama al partirse me trajo de regreso de un salto; esa casa me mantenía nervioso. Por suerte, era un ciervo comiendo cerca de donde se encontraba estacionado el Toyota.

Edward salió y se sentó a mi lado trayendo consigo jarra con café humeante recién preparado, y un omelette con tostadas para cada uno. Comimos en silencio respirando el aire frío de la mañana; no conversé con él sobre mis temores, ni él pregunto. Se limitó a preguntarme si estaría bien, si intentaría recuperar mi vida y que luchara por recuperarme. En el

fondo se sentía culpable por marcharse de esa manera, le dije que buscaría la forma de volver a la normalidad, de no discutir con Rose Mary y de mantener mi mente lo más estable y ocupada que pudiese.

Sabía que mentía absolutamente en todo; tenía una sensación extraña sobre aquella casa. Encerraba un gran misterio que yo no tenía la menor intención de descubrir, en ese momento mi objetivo era recuperarme para poder salir de ese lugar y volver a mi apartamento en Brooklyn.

Lo único interesante de aquella casa, era que mi padre poseía una gran biblioteca en su estudio, no había entrado en años, pero estaba seguro que aún debía estar en el mismo lugar. Así pasaría mis días, entre letras y música para escapar de la realidad.

«Vaya manera de afrontar los problemas»

Rose Mary había retirado todas las cortinas y sabanas de la casa y se disponía a lavarlas, con el fin de eliminar el olor rancio, a olvido y encierro que manaba el lugar.

A eso del medio día Edward se despidió con un fuerte abrazo antes de subirse al auto y marcharse dejándome solo en ese sombrío lugar.

Las horas de la tarde, mientras Rose Mary terminaba su limpieza se me hicieron eternas, conté todos los animales que veía pasear libres por el bosque; le busqué forma a las nubes y hasta intenté contabilizar cuanto tiempo tardaba en pasar alguna persona por la carretera, tarea que resulto en vano ya que al ser la última casa nadie se acercaba a este lugar.

Al entrar de nuevo a casa; las sabanas ya no olían a moho, sin embargo, la casa aún conservaba su aspecto de haber sido olvidada por largo tiempo. Sabía que si el lugar tuviese vida, por seguro nos guardaría rencor.